

en nuestro derredor. Descubriábase al Oriente las cimas del Horeb y el Sinaí, el desierto de Sur y el mar Rojo; al Mediodía, las cordilleras de la Tebaida; al Norte, las llanuras estériles donde Faraon persiguió á los hebreos; y al Occidente, mas allá de las arenas en que me habia estraviado, el fecundo valle del Egipto.

«La aurora, entreabriendo el cielo de la Arabia Feliz, iluminó durante algun tiempo tan grandioso cuadro. El onagro, la gacela y el avestruz corrian con rapidez por el desierto, mientras los camellos de una caravana desfilaban lentamente unos en pos de otros, conducidos por el asno inteligente que les servia de guia. Veíanse huir sobre el mar Rojo las naves cargadas de perfumes y seda, ó que conducian algun sabio á las costas indianas. Coronando en fin de esplendor aquella magnífica frontera de los dos mundos, el sol se levantó inundando en torrentes de luz las erguidas crestas del Sinaí; ¡imagen pálida, y sin embargo brillante, del Dios que Moisés contempló en la cima de este monte sagrado!

«El solitario tomó la palabra:

«—Confesor de la fe, tiende la vista en derredor. He ahí á ese Oriente, de donde han salido todas las religiones y todas las revoluciones de la tierra. He ahí á ese Egipto que ha dado dioses elegantes á tu Grecia, y dioses informes á la India; he ahí á ese desierto de Sur, donde Moisés recibió la ley: Jesucristo se mostró en estas mismas regiones; y un día, un descendiente de Ismael restablecerá el error bajo la tienda del árabe. La moral escrita es asimismo un fruto de este fecundo suelo. Porque es de notar que los pueblos del Oriente, como en castigo de alguna gran rebelion de sus padres, se han visto casi siempre sometidos á tiranos; así ¡maravillosa compensación! la moral ha nacido al lado de la esclavitud, y la religion nos ha venido de la region del infortunio. Finalmente, estos mismos desiertos han visto marchar los ejércitos de Sesostris, Cambises, Alejandro y César. ¡Siglos futuros! vosotros traereis á ellos ejércitos no menos numerosos, guerreros no menos célebres! Todos los grandes movimientos impresos á la especie humana han partido de aquí, ó han venido á perderse aquí. Hase conservado una energia sobrenatural en los países donde el hombre recibió la vida, y se admira aun cierto sello de prodigiosa grandeza en la cuna de la creacion y en las fuentes de la luz.

«Sin detenernos en esas grandezas humanas que alternativamente han venido á hundirse en el sepulcro; sin considerar esos siglos famosos, separados por una azadonada de tierra y cubiertos por un poco de polvo, el Oriente es especialmente para los cristianos el país de las maravillas.

«Has visto al Cristianismo penetrar con el auxilio de la moral en las naciones civilizadas de Italia y Grecia; le has visto introducirse por medio de la caridad entre los pueblos bárbaros de la Galia y la Germania; aquí, bajo la influencia de una naturaleza que enerva el alma, infundiendo pertinacia al espíritu; en un pueblo grave por sus instituciones políticas y ligero por su clima, la caridad y la moral serian hartó insuficientes. La religion de Jesucristo no puede entrar en los templos de Isis y Ammón sino bajo el velo de la penitencia, siendo preciso que ofrezca á la molición el espectáculo de todas las privaciones; que oponga á las imposturas de los sacerdotes y á las mentiras de los falsos dioses, milagros ciertos y verdaderos oráculos, porque únicamente las escenas extraordinarias de virtud pueden arrancar la fascinada multitud á los juegos del circo y del teatro, y porque mientras por una parte los hombres perpetran grandes crímenes, son indispensables las grandes espia-ciones, para que la digna fama de estas destruya la triste celebridad de aquellos.

«He aquí la razon del establecimiento de estos mi-

sioneros que, empezando en mí, se perpetuarán en estas soledades. Admira á nuestro divino Maestro, que sabe ordenar su milicia segun los lugares y los obstáculos que tiene que combatir. Contempla las dos religiones que van á luchar aquí cuerpo á cuerpo, hasta que la una haya anonadado á la otra. El antiguo culto de Osiris, que se pierde en la noche de los tiempos, orgulloso con sus tradiciones, sus misterios y sus fastuosas solemnidades, se juzga seguro de la victoria; el gran dragon de Egipto se tiende altivo en medio de sus aguas, y dice: «El rio me pertenece.» Cree que el cocodrilo recibirá siempre el incienso de los mortales, y que el buey que recibe la muerte en el establo, será siempre el mas poderoso de los dioses. ¡No, hijo mio! va á formarse un ejército en el desierto, para marchar á la conquista de la verdad. Avanza desde la Tebaida y la soledad de Esceta; compónese de santos ancianos que no llevan otras armas que sus blancos báculos, para sitiar á los sacerdotes del error en sus templos. Estos ocupan campos feraces, y viven sumidos en el lujo y los placeres; en tanto que aquellos habitan unas arenas ardientes, en medio de todos los rigores de la vida. El infierno, que apresura su ruina, apela á todos los medios de victoria; los demonios de la lujuria, del oro y de la ambicion, procuran corromper la milicia fiel; pero el cielo acude al socorro de sus hijos, y prodiga los milagros en su favor. ¿Quién podrá enumerar los nombres de tantos ilustres solitarios, los Antonios, los Serapios, los Macarios, los Pacomios? La victoria se declara en su favor, y el Señor se reviste del Egipto como un pastor de su pellico. Donde quiera ha hablado el error, la verdad ha hecho oír su voz poderosa; allí donde falsos dioses han establecido un misterio, Jesucristo ha hecho brillar un santo. Las grutas de la Tebaida se ven invadidas, y las catacumbas de los muertos se miran ocupadas por los vivos, muertos á las terrenales pasiones. Los dioses, asaltados en sus antiguos templos, vuelven al río ó al arado, y un grito de triunfo se levanta desde la pirámide de Cheops hasta el sepulcro de Osimandua. La posteridad de José regresa á la tierra de Gessen; ¡y esta conquista, debida á las lágrimas de los vencedores, no cuesta una sola lágrima á los vencidos!»

«Pablo suspendió breves instantes su discurso; luego, tomando de nuevo la palabra:

«—¡Eudoro! dijo, no abandonarás segunda vez las filas de los soldados de Jesucristo. Si no eres rebelde á la voz del cielo, ¿qué corona te espera! ¿Y qué podrias, hijo mio, buscar hoy entre los hombres? ¿El mundo podria interesarte? ¿Querrias, á imitación del infiel israelita, bailar en torno del becerro de oro? ¿Sabes qué fin amenaza á ese imperio que ha tanto tiempo tiraniza al género humano? Los crímenes de los señores del mundo traerán en breve el día de la venganza. ¡Han perseguido á los fieles, y se han saciado de la sangre de los mártires, como las copas y el ara del altar!....

«Pablo se interrumpió de nuevo: estendió sus brazos hácia el monte Horeb, sus ojos se animaron, brilladora llama se mostró sobre su cabeza, su frente rugosa resplandeció súbitamente con juventud divina, y exclamó, cual nuevo Elias:

«¿De dónde vienen esas familias fugitivas, que buscan un asilo en la cueva del solitario? ¿qué pueblos son esos que han salido de las cuatro regiones de la tierra? ¿Veis esos repugantes cadáveres, hijos impuros de los demonios y de las hechiceras de la Escitia? (1) El azote de Dios les conduce. (2) Sus caballos son mas veloces que los leopardos, y reunen tropas de cautivos como montones de arena! ¿Qué quieren esos reyes (3) vestidos de pieles de fieras, cubierta la ca-

(1) Los hunnos.

(2) Atila.

(3) Los godos.

beza con un sombrero bárbaro, ó pintadas las mejillas de verde? (1) ¿Por qué esos hombres desnudos deguellan á los prisioneros, en derredor de la ciudad sitiada? Deteneos! (2) Ese monstruo ha bebido la sangre del romano que ha derribado! (3) Todos vienen del desierto de una tierra horrorosa, y todos marchan hácia la nueva Babilonia. ¿Has caído, reina de las ciudades! ¿Tu Capitolio está oculto en el polvo! ¿Cuán desiertos gimen tus campos! ¿Qué soledad reina en tu derredor!... Pero ¡oh prodigio! ¡la cruz descuellera en medio de este torbellino de polvo, y se levanta sobre Roma resucitada! La cruz señala sus edificios. ¡Padre de los anacoretas, Pablo, regocíjate antes de morir! tus hijos ocupan las ruinas del palacio de los Césares; los pórticos donde se jurara la muerte de los cristianos, hánse trocado en claustros piadosos (4), y la penitencia habita donde triunfante reinara el crimen!»

«Pablo dejó caer sus manos; el fuego que le habia animado se estinguó, y vuelto á la condicion de un mortal, habló de nuevo el lenguaje de los mortales.

«—Eudoro, me dijo, es preciso que nos separemos, pues no debo bajar ya de la montaña. El que debe enterrarse se acerca para cubrir este pobre cuerpo, y devolver la tierra á la tierra; le hallaras al pié del monte, y esperarás su regreso, pues te enseñará el camino.»

«Entonces el admirable anciano me obligó á abandonarle. Triste y sumido en los mas graves pensamientos, me alejé en silencio, oyendo la voz de Pablo que entonaba su canto postrimero. Próximo á ser quemado en el altar, el antiguo fenix saludaba con conciertos su renaciente juventud. Al pié de la montaña encontré á otro anciano que aceleraba sus pasos, llevando en la mano la túnica de Atanasio que Pablo le pidiera para que le sirviese de mortaja. Era el gran Antonio acrisolado por tantos combates contra el infierno. Quise hablarle; pero él repetia sin detenerse:

«—¡He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto, he visto á Pablo en un paraíso!»

«Pasó, y esperé su vuelta todo aquel día, pero no tornó hasta el siguiente, en que le ví anegado en lágrimas.

«—Hijo mio, dijo, acercándose á mí, el serafin no está ya en la tierra. No bien me habia alejado ayer de tí, vi en medio de un coro de ángeles y profetas á Pablo, que radiante de purísima blancura, subia al cielo. Corrí á la cima de la montaña y vi al santo arrodillado; alta la cabeza y los brazos estendidos al cielo, parecia orar aun, y no existia ya. Dos leones que salieron de los inmediatos peñascos, me ayudaron á abrirle una fosa, y su túnica de hojas de palmera ha sido mi herencia.»

«Así me refirió Antonio la muerte del primero de los anacoretas. Nos pusimos en camino y llegamos al monasterio donde se formaba ya bajo la direccion de Antonio, aquella milicia cuyas conquistas me habia anunciado Pablo. Un solitario me condujo á Arsinoé, de donde partí en breve con los mercaderes de Tolemaida. Al atravesar el Asia, me detuve en los Santos Lugares, donde conocí á la piadosa Helena, esposa de Constancio mi generoso protector, y madre de Constantino, mi ilustre amigo. Ví luego las siete Iglesias fundadas por el profeta de Patmos: la paciente Efeso, la afligida Esmirna, Pérgamo, llena de fe, la caritativa Tiatira, Sardes, colocada entre los muertos, Laodicea, que debe comprar Blanca túnica y Filadelfia, amada del que posee la llave de David. Tuve la suerte de hallar en Bizancio al jóven príncipe Constantino, que se dignó estrecharme entre

(1) Los lombardos.

(2) Los francos y los vándalos.

(3) El sarraceno.

(4) Las Termas de Diocleciano, habitadas por los cartujos.

sus brazos y confiarme sus vastos designios. Y os ví, por último, ¡oh padres míos! despues de diez años de ausencia é infortunios. ¡Si el cielo escuchase mis votos, no volveria á abandonar los valles de la Arcadia, y me consideraria feliz si viese trascurrir en ellos mis días en la penitencia, para dormir despues de mi muerte en el sepulcro de mis padres!»

Estas palabras dieron fin á la historia de Eudoro: los ancianos que la escuchaban permanecieron durante algun tiempo en silencio. Lastenes daba gracias á Dios en el fondo de su corazon por haberle dado tal hijo; Cirilo, que nada tenia que decir á un jóven que confesaba sus faltas con tanta sinceridad, le miraba con respeto y admiracion, como á un confesor llamado por el cielo á los mas altos destinos, y Demodoco permanecia estupefacto al oír el lenguaje desconocido y al conocer las virtudes incomprendibles de Eudoro. Los tres viejos se levantan magestuosamente como tres reyes, y entran en la casa de Lastenes; Cirilo, despues de ofrecer por Eudoro el tremendo sacrificio, se despide de sus huéspedes y regresa á Lacedemonia; Eudoro se retira á la gruta testigo de su penitencia; y Demodoco, ya solo con su hija, estrecha á esta tiermeramente entre sus brazos y le dice, iluminado por un triste presentimiento:

«—Hija de Demodoco! tú serás acaso igualmente desgraciada á tu vez, porque Júpiter dispone de nuestros destinos; pero imitarás á Eudoro. Ya lo ves: la adversidad ha aumentado las virtudes de este jóven, porque las virtudes mas raras no siempre son el resultado de esa lenta madurez, fruto de la edad; el racimo todavia en agraz, y torcido por la mano del viñador y marchito sobre la cepa antes del otoño, produce el mas dulce vino en las márgenes del Alfeo y en los ribazos del Erimanto.»

## LIBRO DUODÉCIMO.

SUMARIO. Invocacion al Espíritu Santo. Conjuracion de los demonios contra la Iglesia. Diocleciano manda hacer el empadronamiento de los cristianos. Hierocles marcha á la Acaya. Amor de Eudoro y de Cimodocia.

¡Espíritu Santo! ¡tú que fecundaste el anchuroso abismo, cubriéndole con tus alas; yo he menester ahora de tu poderoso auxilio! Des de lo alto de la montaña que ve humillarse á sus piés las cumbres de Aonia, contemplas ese movimiento perpétuo de las cosas de la tierra, de esta sociedad humana en que todo cambia, hasta los principios; en que el bien se convierte en mal y el mal en bien; miras con piedad las fútiles dignidades que hinchán nuestro corazon y los vanos honores que le corrompen; amenazas el poder conquistado por medio de crímenes, y consuelas la desgracia comprada á precio de virtudes; ves las diferentes pasiones de los hombres: sus vergonzosos temores, sus bajos odios, sus deseos interesados, sus tan fugaces alegrías, sus tan largos tedios; penetras todas estas miserias, ¡oh Espíritu Creador! Anima, pues, y vivifica mi palabra en el relato que voy á hacer; ¡dichoso yo si puedo atenuar el horror del cuadro, pintando en él los milagros de tu fecundante amor!

Situados en los puntos señalados por su caudillo, los espíritus de tinieblas encienden por todas partes la discordia y el horror al nombre cristiano, y desencadenan en la misma Roma las pasiones de los jefes y ministros del imperio. Astarté presenta sin cesar á Hierocles la imagen de la hija de Homero, y reviste á este seductor fantasma de todas las gracias que la ausencia y el recuerdo añaden á la hermosura. Satanás despierta secretamente la ambicion de Galerio, pintándole los fieles adictos á Diocleciano como el

único apoyo que sostiene al viejo emperador en su trono. El prefecto de Acaya, desertor de la ley evangélica, y entregado al demonio de la falsa sabiduría, confirma al fogoso César en su odio á los adoradores del verdadero Dios. La madre de Galerio se queja de que los discípulos de la cruz insultan sus sacrificios y se niegan á implorar las divinidades campestres en favor de su hijo. Cuando un buitres salvaje, hijo de la montaña, se precipita sobre una paloma que aplaca su sed en una corriente cristalina, otros buitres posados sobre un peñasco prorumpen en gritos crueles y le escitan á devorar su presa: así Galerio, que anhela aniquilar la religión de Jesucristo, se ve impelido á la matanza por su madre y por el impio Hierocles, que ensoberbecido por sus victorias sobre los partos, arrastrando en pos todo el lujo y toda la corrupción del Asia, y alimentando los mas ambiciosos proyectos, acusa á Diocleciano con sus quejas y amenazas.

«—¿Qué esperas le dice, para castigar á una raza odiosa que tu peligrosa clemencia deja multiplicar en el imperio? Desiertos nuestros templos, mi madre se ve insultada, y seducida tu esposa. Castiga sin demora á unos súbditos rebeldes, que en sus riquezas hallarás los recursos que te faltan y harás un acto de justicia acepto á los dioses.

Diocleciano, príncipe adornado de moderación y sabiduría, se inclinaba además por su edad á la benignidad en favor de los pueblos: tal, un año árbol al doblar sus ramas, acerca sus frutos á la tierra. Pero la avaricia que envilece el corazón y la superstición que le agita, desvirtuaban las grandes cualidades de Diocleciano, y se dejó alucinar por la esperanza de hallar tesoros entre los fieles. Marcelino, obispo de Roma, recibió la orden de entregar á los templos de los ídolos las riquezas del nuevo culto. El emperador se trasladó á la iglesia donde debían reunirse estos tesoros; pero abiertas las puertas, solo vió una numerosa multitud de pobres, enfermos y huérfanos.

—¡Príncipe! le dice el pastor de los hombres, estos son los tesoros de la Iglesia, las joyas, los vasos preciosos, las coronas de oro de Jesucristo!

Esta austera y tierna lección cubrió de rubor el semblante del príncipe, porque un monarca es terrible cuando se ve vencido en magnanimidad; el poder aspira á la virtud por un instinto sublime, á la manera que una juventud varonil se juzga formada para la hermosura; y ¡ay de aquel que le haga conocer las cualidades ó las gracias que le faltan!

Satanás aprovecha este momento de debilidad para aumentar el resentimiento de Diocleciano con todos los terrores de la superstición. Ya los sacrificios son suspendidos de repente y los sacerdotes declaran que la presencia de los cristianos aleja los dioses de la patria; ya el hígado de las víctimas inmoladas aparece mutilado, y salpicadas las entrañas de manchas lividas, no ofrecen sino señales funestas; las divinidades reclinadas en sus lechos en las plazas públicas, desvian su vista del pueblo; las puertas de los templos se cierran por sí mismas; rumores confusos hacen resonar los antros sagrados; cada momento lleva á Roma la noticia de un nuevo prodigio: el Nilo ha detenido su corriente, el trueno retumba, la tierra se estremece, los volcanes vomitan llamas; la peste y el hambre despiellan las provincias de Oriente; el Occidente se ve conmovido por sediciones peligrosas y guerras extranjeras, y todas estas calamidades se atribuyen á la impiedad de los cristianos.

En el vasto recinto del palacio de Diocleciano, en medio del jardín de las Termas, se elevaba un ciprés bañado de una fuente; al pié del ciprés había un altar consagrado á Rómulo. De improviso, una serpiente, abigarrado el dorso de manchas sangrientas, sale silbando del pié del altar y se enrosca en el tronco del ciprés. En la mas alta rama de este, tres pajarillos

posaban tranquilamente en su nido: el horrible dragón los devora; la madre revuela en derredor exhala lastimosos gemidos, pero el desapiadado reptil la ase al punto por las alas, y la devora á pesar de sus gritos. Diocleciano asustado á vista de tal prodigio, hace llamar á Tagés, jefe de los aúspices, quien ganado en secreto por Galerio y fanático adorador de los ídolos, exclama:

—¡Oh príncipe! el dragón representa la nueva religión, próxima á devorar los dos Césares y al jefe del imperio. Apresúrate á conjurar los efectos de la cólera celestial, castigando á los enemigos de los dioses.»

Entonces el Omnipotente toma en su mano las balanzas de oro en que se pesan los destinos de los reyes y los imperios, y la suerte de Diocleciano fue hallada ligera. Al punto, el emperador rechazado siente dentro de sí cierto movimiento extraordinario, pareciéndole que su felicidad le abandona y que las Parcas, falsas divinidades que adora, hilan con mas celeridad sus días. Parte de su habitual prudencia le abandona: ya no ve con tanta claridad los hombres y sus pasiones, y déjase arrastrar por las propias; quiere que los funcionarios cristianos de su palacio sacrificquen á los dioses y manda hacer un empadronamiento exacto de los fieles en todo el imperio.

La alegría de Galerio llegó á su colmo. A la manera que un viñador, dueño de un terreno feraz en los valles del Etmolo, se pasea entre las cepas de su vna en flor, contando ya las olas del regalado vino que llenarán la copa de los reyes ó el cáliz de los altares, Galerio ve correr en esperanza los torrentes de sangre preciosa que le promete el floreciente Cristianismo. Los procónsules, los prefectos y gobernadores de las provincias abandonan la corte para ejecutar las órdenes de Diocleciano. Hierocles besa humildemente la orla de la toga de Galerio; y haciendo un esfuerzo como un hombre que va á inmolarse á la virtud, se atreve á levantar hasta César la mirada de la abyección.

—Hijo de Júpiter, le dice, príncipe sublime, amante de la sabiduría, marchó á la Acaya. Voy á castigar á esos facciosos que blasfeman de tu eternidad. Pero, César, tu que eres mi fortuna y mis dioses, permíteme que me explique con franqueza, pues un sabio, aun á peligro de su vida, debe la verdad entera á su príncipe. El divino emperador no desplega aun bastante firmeza contra unos hombres odiosos. ¿Me atrevería á decirlo, sin atraer sobre mi tu cólera? Si sus manos ya debilitadas por la edad, sueltan las riendas del Estado, Galerio, vencedor de los partos, ¿no es digno de subir al trono del universo? Pero, ¡oh héroe mio! ¡precávete de los enemigos que te rodean! Doroteo, jefe del palacio, es cristiano, y desde que un arcadio rebelde fue introducido en la corte, la misma emperatriz favorece á los impios. El joven príncipe Constantino, ¡oh vergüenza! ¡oh dolor!...

Hierocles se interrumpió bruscamente, lloró, y se fingió profundamente alarmado por los peligros de César, encendiendo así en el corazón del tirano sus dos pasiones dominantes, la ambición y la crueldad. Al mismo tiempo colocaba los cimientos de su futura grandeza, porque Hierocles, despreciado por el emperador, enemigo de los sofistas, sabia que nunca obtendría de Diocleciano los honores que de Galerio esperaba.

Vuela á Tarento y se embarca en la flota que debía conducirlo á Mesenia, abrigando vehementes deseos de volver á ver las costas de la Grecia porque en ellas respiraba la hija de Homero, y allí se prometía satisfacer á la vez su amor á Cimodocea y su odio á los cristianos. No obstante, oculta sus sentimientos en el fondo de su corazón, y cubriendo sus vicios con el disfraz de las virtudes, las palabras de sabiduría y de humanidad salen sin cesar de sus torpes labios: así un manantial profundo que oculta en su fondo ru-

dos escollos y tenebrosos abismos, embellece por lo regular su engañosa superficie reflejando la tranquila imagen y la clara luz de los cielos.

En tanto, los demonios, que ansian acelerar la ruina de la Iglesia, envían al procónsul de Acaya un viento favorable. Atraviesa, pues, velozmente el mar que vió pasar á Alcibiades, cuando la Italia admirada acudió presurosa á contemplar al mas hermoso de los griegos. Hierocles ya ha visto alejarse los jardines de Alcino y las alturas de Butroto, lugares inmediatos é immortalizados por los dos reyes de la lira. Leucates, donde respira todavía el fuego de la hija de Lesbos; Itaca, erizada de rocas; Jacinto, cubierta de bosques, y Cefalonia, amada de las palomas, atraen alternativamente las miradas del procónsul romano. Descubre las Estrófades, mansion impura de Celeno, y en breve saluda las distantes montañas de la Elida. Manda volver la proa hácia Oriente; costea la arenosa playa donde Nestor ofrecía una hecatombe á Neptuno cuando Telémaco fue á pedirle noticias de Ulises, semejante á los dioses en sabiduría. Deja á su izquierda á Pilos, Esfacteria y Motona; penetra en el golfo de Mesenia, y su rápido, bajel, abandonando las amargas ondas, va al fin á detener su curso en las tranquilas aguas del Pamiso.

Mientras que, á semejanza de la sombría nube levantada sobre los mares, Hierocles se aproxima á la patria de los dioses y los héroes, el ángel de los santos amores habia bajado á la gruta del hijo de Lastenes; así el supuesto Ananias se ofreció al joven Tobias para llevarle á la morada de la hija de Raquel. Cuando Dios quiere poner en el corazón del hombre esos castos ardores que proceden los milagros de la virtud, confía este importante cuidado al mas hermoso de los espíritus del cielo. Uriel es su nombre: en una mano sostiene una flecha de oro tomada del careaj del Señor, y en la otra una antorcha encendida en el rayo eterno. Su nacimiento no precedió al del universo, sino que nació con Eva, en el momento mismo que la primera mujer abrió los ojos á la luz reciente. El poder creador esparció sobre el querubín ardiente un conjunto de las seductoras gracias de la madre de los humanos y de la varonil hermosura del padre de los hombres; brillan en él la sonrisa del pudor y la mirada del genio. El que se siente herido por su divino dardo ó arde en su antorcha celestial, lleva á cabo con entusiasmo los rasgos de desprendimiento mas heroicos, las mas peligrosas empresas y los sacrificios mas dolorosos. El corazón así herido, conoce toda la delicadeza de los sentimientos; su ternura se acrecienta en las lágrimas y sobrevive á los satisfechos deseos. El amor no es para tal corazón una limitada y frívola inclinación, sino una pasión elevada y severa, cuyo noble fin es comunicar la vida á seres inmortales.

El ángel de los santos amores enciende en el corazón del hijo de Lastenes irresistible llama y el cristiano penitente sesiente abrasado bajo el cilicio, siendo el objeto de sus votos una infiel! El recuerdo de sus pasados errores alarma á Eudoro, que temiendo caer de nuevo en las faltas de su primera juventud, se propone huir y sustraerse al peligro que le amenaza; así, cuando la tempestad, no ha estallado aun; cuando todo se presenta tranquilo en la playa é imprudentes los bajeles se atreven á desplegar sus velas y á salir del puerto, el experto pescador duda en su barca, y apoyando sobre el remo la robusta mano, se apresura á alejarse de la alta mar, para guarecerse al abrigo de un peñasco. No obstante, un amor verdadero se ha deslizado por vez primera en el seno de Eudoro; el hijo de Lastenes se admira de la timidez de sus sentimientos, de la gravedad de sus proyectos, tan diferentes de aquella osadía de deseos y de aquella ligereza de ideas que caracterizaban en otro tiempo sus amores. ¡Ah! ¡si pudiese convertir á Jesucristo aque-

lla mujer idólatra, y si tomándola por su esposa le abriese á la vez las puertas del cielo y las del conyugal albergue! ¡Qué felicidad para un cristiano!

El sol se hundía en el mar de los Atlántidas y doraba con sus prostreros rayos las montañas de las islas Afortunadas, cuando Demodoco quiso dejar á la familia cristiana; pero haciéndole ver Lastenes que la noche estaba llena de emboscadas y peligros, el sacerdote de Homero accedió á esperar al lado de su huésped la nueva aurora. Retirada á su aposento, Cimodocea repasaba en su espíritu lo que de la historia de Eudoro sabia, encendidas las mejillas y brillando sus ojos con desconocido fuego. El ardiente insomnio arroja al fin de su lecho á la sacerdotisa de las Musas: levántase, y deseosa de respirar la plácida frescura de la noche, baja á los jardines situados en el declive de la montaña.

Suspendida en medio del cielo de la Arcadia, la luna era casi como el sol, un astro solitario; el resplandor de sus rayos habia hecho desaparecer las constelaciones de su derredor y solo algunas se mostraban diseminadas aquí y allá por la inmensidad; el azulado firmamento, tachonado así de algunas estrellas, parecia un lirio azul cargado de las perlas del rocío. Las enhiestas cimas del Cilene, las crestas del Foloe y del Telfuso, los bosques de Anémose y de Falanto, formaban por todas partes un confuso y vaporoso horizonte. Oíase el distante concierto de los torrentes y manantiales que se despeñaban de los montes de la Arcadia; y en el valle donde se veían brillar sus aguas, Alfeo parecia seguir aun los pasos de Aretusa, Céforo suspiraba en las cañas de Siringe, y Filomela cantaba en los laureles de Dafne, orillas del Ladonte.

Esta hermosa noche trajo á la memoria de Cimodocea aquella otra que la condujo hasta el apuesto mancebo parecido al cazador Endimion. A este recuerdo, el corazón de la hija de Homero palpita con mas fuerza, retratándose con viveza la hermosura, el valor y la nobleza del hijo de Lastenes, y recordó que Demodoco habia pronunciado algunas veces el nombre de esposo al hablar de Eudoro. ¡Cómo! se decía, ¡para libramme de Hierocles, deberé privarme de las dulzuras del himeneo y ceñir para siempre la frente con las glaciales cintas de la vestal! Ningun mortal, en verdad habia sido hasta entonces bastante poderoso para intentar unir su suerte á la suerte de una doncella deseada por un gobernador impio; pero Eudoro, vencedor é investido con las dignidades del imperio; Eudoro estimado de Diocleciano, adorado de los soldados y predilecto amigo del príncipe heredero de la púrpura, ¿no era acaso el glorioso esposo que podia defender y proteger á Cimodocea? ¡Ah! Júpiter, Venus y el Amor habian conducido al joven héroe á las costas de la Mesenia!

Cimodocea se dirigía maquinalmente al lugar donde el hijo de Lastenes habia acabado de narrar su historia. Cuando una cabra de los Pirineos ha descansado durante el día al lado del pastor, en el fondo de un valle, si por la noche, huyendo del aprisco va á buscar la acostumbra pradera, el pastor la encuentra á la mañana bajo el citiso en flor que por abrigo ha elegido: así la hija de Homero sube á lento paso á la gruta habitada por el cazador arcadio. De repente entrevee como una sombra inmóvil á la entrada de esta gruta, y cree reconocer á Eudoro. Detiénese; trémulas sus rodillas, no le es posible adelantar ni huir. Era en efecto el hijo de Lastenes que oraba rodeado de las señales de su penitencia: el cilicio, la ceniza y la blanca cabeza de un mártir hacían correr sus lágrimas y avivaban su fe. Oye los pasos de Cimodocea, y al ver á esta encantadora doncella próxima á caer en tierra, vuela á su auxilio, la sostiene en sus brazos y no puede dejar de estrecharla sobre su corazón. Ya no es aquel cristiano tan grave, tan

rígido, sino un hombre lleno de indulgencia y ternura que quiere atraer un alma á Dios y alcanzar una esposa divina.

A la manera que un labrador lleva solícito al aprisco el cordero maltratado por las malezas, así el hijo de Lastenes traslada en sus brazos á Cimodocea y la deja en un brazo de césped á la entrada de la gruta. Entonces la hija de Demodoco le dice con voz balbuciente:

—¿Me perdonarás el haber turbado de nuevo tus misterios? Un dios, ignoro cual, me ha estraviado como la primera noche.

—Cimodocea! replicó Eudoro, tan trémulo como la sacerdotisa de las Musas, el Dios que te ha estraviado es mi Dios, mi Dios que te busca y quiere tal vez que seas mía.

La hija de Homero repuso:

—Tu religion prohíbe á los jóvenes unirse á las doncellas y á las doncellas seguir los pasos de los jóvenes; tu no has amado sino cuando eras infiel á tu Dios.

Cimodocea se ruborizó, y Eudoro replicó:

—¡Ah! nunca he amado cuando ofendía mi religion; lo conozco ahora, que amo por la voluntad de mi Dios.

El bálsamo derramado sobre la herida, y las frescas aguas que aplacan la sed del fatigado viajero, tienen menos encantos que aquellas palabras del hijo de Lastenes, que penetraron de alegría el corazón de Cimodocea. Bien así como dos álamos se elevan silenciosos al borde de un manantial, durante la calma de una noche de estío, los dos esposos señalados por el cielo permanecían inmóviles y mudos á la entrada de la gruta. Cimodocea rompió el silencio:

—Guerrero! dijo, perdona las importunas preguntas de una meseniana ignorante. Nadie puede saber cosa alguna sino ha sido instruido por un hábil maestro, ó si los mismos dioses no han cuidado de adornar su espíritu. Una joven especialmente nada sabe á no ser que haya ido á bordar velos á casa de sus compañeras, ó visitado los templos y teatros; yo nunca me he separado de mi padre, sacerdote querido de los inmortales. Dime: toda vez que se puede amar en tu culto, ¿hay en él una Venus cristiana, con carroza y palomas? Los deseos, las quejas amorosas, las conversaciones secretas, los inocentes artificios, las festivas frases que sorprenden el corazón del hombre más sensato, están ocultos en su ceñidor, como refiere mi divino abuelo? ¿Es temible la cólera de esta diosa? ¿Obliga á la doncella á buscar al joven en la palestra y á introducirlo furtivamente bajo el techo paterno? ¿Tu Venus hace titubear la lengua? inocula un fuego devorador ó un frio glacial en las venas? ¿Precisa á recurrir á los filtros para atraer de nuevo á un amante versátil, á cantar la luna y conjurar el umbral de la puerta? ¿Tú, cristiano, ignoras acaso que el Amor es hijo de Venus, que fue alimentado en los bosques con la leche de las fieras; que su primer arco era de fresno y sus primeras flechas de eiprés; que se sienta sobre el lomo del león, sobre la grupa del centauro y sobre los hombros de Hércules; que tiene alas y una venda, y que acompaña á Marte y á Mercurio, la elocuencia y el valor?

—¡Infel! replicó Eudoro, mi religion no favorece las pasiones funestas, pero sabe imprimir mediante la misma sabiduría, una exaltación á los sentimientos del alma que jamás inspirará tu Venus. ¿Qué religion es la tuya, Cimodocea? Nada es más casto que tu alma, ni más inocente que tu pensamiento; y no obstante, al oírte hablar de tus dioses, ¿quién no te juzgaría demasiado iniciada en los más peligrosos misterios? Sacerdote de los ídolos, tu padre ha creído llenar un acto de piedad instruyéndote en el culto, en los efectos y atributos de las pasiones divididas; pero un cristiano temeraria ofender el amor

valiéndose de pinturas libres en demasía. Si yo, Cimodocea, hubiese podido merecer tu ternura; si debiese ser el esposo elegido de tu inocencia, me complacería en amar en tí, menos á una mujer perfecta que al mismo Dios que te creó á su imagen. Cuando el Todopoderoso formó al primer hombre del barro de la tierra, le colocó en un jardín más delicioso que los bosques de la Arcadia; pero hallando en breve este hombre su soledad sobrada profunda, suplicó al Criador le diese una compañera. El Eterno sacó entonces de la costilla de Adam una criatura divina, y la llamó mujer, haciéndola esposa de aquel cuya carne y sangre era. Adam había sido formado para el dominio y el valor, y Eva para la sumisión y las gracias; la grandeza del alma, la dignidad del carácter y la autoridad de la razón formaron el patrimonio del primero, en tanto que la segunda recibió en amable herencia la belleza, la ternura y las seducciones invencibles. Tal es, Cimodocea, el modelo de la mujer cristiana. Si accedes á imitarla, procuraré hacerte para mí, en nombre de todos los atractivos que cautivan los corazones; te haré mi esposa por una noble alianza de justicia, de compasión y misericordia; reinaré sobre tí, Cimodocea, por que el hombre está formado para el mando, pero te amaré como al racimo hallado en un ardiente desierto. A imitación de los patriarcas, nos uniremos con la mira de dejar en pos de nosotros una familia heredera de las bendiciones de Jacob; de esta manera el hijo de Abraham tomó en su tienda á la hija de Batuel, recibiendo en ello tan viva alegría que olvidó la muerte de su madre.

A estas palabras, Cimodocea vertió lágrimas de vergüenza y ternura.

—Guerrero! dijo, tus palabras son dulces como la miel y penetrantes como las flechas. Veo claramente que los cristianos saben hablar el lenguaje del corazón. Yo tenía en mi alma todo lo que acabas de decir. ¿Sea, pues, la mía tu religion, toda vez que enseña á amar mejor!

Eudoro, no escuchando ya sino su amor y su fe, prosiguió:

—¿Cómo! Cimodocea, ¿querías ser cristiana? ¿Daría yo tal ángel al cielo, tal compañera á mis días?

Cimodocea bajó la cabeza y respondió:

—No me atrevo á hablar más, sin que me hayas acabado de enseñar el pudor; virtud que había dejado la tierra con Nemesís, y que los cristianos han hecho bajar del cielo.

Un movimiento del hijo de Lastenes hizo entonces caer al suelo su crucifijo, y la joven meseniana prorumpió en un grito de sorpresa, producido por una especie de terror.

—Esta es la imagen de mi Dios, dijo Eudoro, levantando con respeto el leño sagrado; de ese Dios que bajó al sepulcro y resucitó lleno de gloria.

—¿Tu Dios, pues, es semejante al hermoso joven de la Arabia, llerado por las mujeres de Biblos, y devuelto á la luz de los cielos por la voluntad de Júpiter?

—Cimodocea! repuso Eudoro con dulce severidad; algún día conocerás hasta qué punto es impía y sacrilega tal comparacion; en lugar de misterios de oprobio y placer, ves aquí milagros de modestia y dolor; ves al Hijo del Todopoderoso clavado en una cruz para abrirnos el cielo y para honrar en la tierra el infortunio, la sencillez y la inocencia. Pero en la margen del Ladonte, en medio de una noche encantadora, en este país donde la imaginacion de los poetas ha colocado el amor y la felicidad, ¿cómo detener el espíritu de una sacerdotisa de las Musas en objeto tan grave? No obstante, hija de Demodoco, las meditaciones austeras fortifican en el corazón de un cristiano los afectos legítimos; y al hacerle capaz de todas las virtudes, le hacen más digno de ser amado.

Cimodocea prestaba atento oído á estos razona-

mientos, y cierto asombro indefinible dominaba su corazón. Parecióle que una venda caía repentinamente de sus ojos y que descubría una lejana y divina luz. La sabiduría, la razón, el pudor y el amor se presentaban por vez primera á sus ojos en desconocida alianza. Esa tristeza evangélica de que el cristiano reviste todos los sentimientos de la vida; esa voz de dolor que hace salir del seno de los placeres, acababan de admirar y confundir á la hija de Homero. Eudoro, presentándole el crucifijo, le dijo:

—¡Hé aquí el Dios de caridad, de paz, de misericordia, y no obstante, el Dios perseguido! ¡Oh Cimodocea! Solo sobre esta augusta imagen puedo recibir tu fe, si me conceptuas digno de ser tu esposo, pues nunca el altar de tus ídolos, nunca el careaj de tu Amor verán al adorador de Cristo unido á la sacerdotisa de las Musas.

¿Qué momento para la hija de Homero! Pasar súbitamente de las ideas voluptuosas de la mitología, á un amor jurado sobre un crucifijo! Aquellas manos que nunca habían tocado sino las guirnáldas de las Musas y las cintas de los sacrificios, se veían cargadas por la primera vez con el signo formidable de la salvación de los hombres. Cimodocea, herida como Eudoro por el ángel de los santos amores, y arrastrada por encanto irresistible, promete dócil hacerse instruir en la religion del dueño de su corazón.

—¡Y serás mi esposa! dijo Eudoro, estrechando las manos de la tímida virgen.

—¡Y seré tu esposa! repitió la estremecida joven.

¡Dulce juramento, proferido en presencia del Dios de las lágrimas y del infortunio!

En esto, se oyó sobre las cimas de las montañas un coro que daba principio á la fiesta de las Lupercales, y que cantaba al dios Pan, protector de la Arcadia, é de los pies de cabra, el terror de las ninfas, é inventor de la flauta de siete agujeros. Estos cantos anunciaban la proximidad de la aurora, que alumbraba con sus primeros albores el sepulcro de Epaminondas y la cima del bosque Pelago en los campos de Mantinea. Cimodocea se apresuró á volver á la casa paterna, y Eudoro fue á despertar á Lastenes.

## LIBRO DÉCIMOTERCERO.

SUMARIO. Cimodocea declara á su padre que quiere abrazar la Religion Cristiana, para ser esposa de Eudoro. Resolución de Demodoco. Recíbese la noticia de la llegada de Hierocles á la Acaya. Astarté ataca á Eudoro, y es vencido por el ángel de los santos amores. Demodoco accede á dar su hija á Eudoro, para evitar las persecuciones de Hierocles. Empadronamiento de los cristianos en la Arcadia. Hierocles acusa á Eudoro para indisponerle con Diocleciano. Cimodocea y Demodoco parten para Lacedemonia.

YA el sacerdote de Homero ofrecía una libacion al sol que salía de las olas, para saludar á este astro cuya luz alumbraba los pasos del viajero; y tocando con una mano la tierra humedecida por el rocío, se preparaba á dejar el techo hospitalario de Lastenes. Inopinadamente, Cimodocea trémula de temor y amor se presenta á su padre y se arroja en brazos del anciano. Demodoco había adivinado sin dificultad la causa de la agitacion que empezaba á atormentar á la sacerdotisa de las Musas; pero como ignoraba aun que el hijo de Lastenes participase del mismo amor, procuró consolar á Cimodocea.

—Hija mía, le dijo, ¿qué divinidad te ha herido? Lloras tú, cuya edad solo debería conocer las inocentes risas! ¿Qué oculta pena se ha deslizado en tu pecho? ¡Oh hija! recurramos á los altares de los dioses preservadores y á la compañía de los sabios que devuelve á nuestra alma su tranquilidad primera. El

templo de Juno Lacinia está abierto por todas partes, y no obstante, los vientos no dispersan en su recinto las cenizas del sacrificio; tal debe ser nuestro corazón: si los huracanes de las pasiones penetran en él, es preciso á lo menos que jamás alteren la paz de su santuario.

—Padre de Cimodocea, replicó la joven meseniana, tú ignoras nuestra felicidad! Eudoro ama á tu hija y quiere suspender á su puerta las coronas de Himeneo.

—Dios de las ingeniosas mentiras, exclamó Demodoco, ¿no me has engañado? ¿Debo creerte, hija mía, ó la verdad habrá dejado de reinar en tus labios? Pero ¿deberé admirarme al verte objeto del amor de un héroe? Tú disputarías el precio de la hermosura á las ninfas del Ménalo, y Mercurio te habría elegido en el monte Quelidoreo. Refiéreme, pues, de qué manera el cazador arcadio te ha hecho conocer que se halla herido por el hijo de Venus.

—Esta noche, respondió Cimodocea, me propuse cantar á las Musas para alejar no sé qué desvelo de mi corazón, cuando Eudoro, á la manera de uno de esos brillantes sueños que salen de las puertas del Eliseo, me ha encontrado en las sombras, y tomándome de la mano, me dijo: Virgen! quiero que los hijos de tus hijos se sienten durante siete generaciones sobre las rodillas de Demodoco. Pero me dijo todo esto en su lenguaje cristiano, con harta más elocuencia de la que yo puedo usar para referírtelo; y me ha hablado también de su Dios, que es un Dios que ama á los que lloran y bendice á los desvalidos. Padre mio, este Dios me ha cautivado, porque nosotros no tenemos entre las nuestras tan benévolas y piadosas divinidades. Es preciso que yo aprenda á conocer y á practicar la religion de los cristianos, puesto que el hijo de Lastenes no puede recibirme sino á esta condicion.

Cuando el apacible Boreas y el viento nebuloso del Mediodía se disputan el imperio de los mares, los marineros se fatigan en presentar alternativamente la vela oblicua á la tempestad: así Demodoco cede ó resiste á los encontrados sentimientos que le combaten. Piensa con alegría en que Cimodocea colgará del altar del Himeneo el estéril ramo de la vestal, y que la familia de Homero, próxima á extinguirse, verá florecer en su derredor numerosos vástagos. Demodoco ve además en el hijo de Lastenes un yerno ilustre y lleno de honores, y sobre todo, un poderoso protector contra el favorito de Galerio; pero se estremece al considerar que su hija habrá de abandonar sus dioses paternos, siendo además perjura á las nueve Hermanas y al culto de su divino abuelo.

—¡Ah, hija mía! exclama, estrechándola sobre su corazón ¡qué mezcla de lágrimas y felicidad! ¿Qué acabas de decirme? ¿Cómo negarte y cómo concederte lo que pides? ¿Abandonarás á tu padre para seguir á un dios extraño á nuestros antepasados? ¿Cómo! ¿podríamos tener dos religiones? ¿podríamos pedir al cielo favores diferentes? Cuando nuestros corazones no forman sino un mismo corazón, ¿cesaríamos de tener un solo é idéntico sacrificio?

—Padre mio, dijo Cimodocea interrumpiéndole, jamás te abandonaré, jamás mis votos serán diferentes de los tuyos! Cristiana, viviré contigo cerca de tu templo y contigo recitaré los versos de mi divino abuelo.

El sacerdote de Homero, sollozando y estrechando en sus manos su respetable barba se sustrajo á las caricias de su hija, recurriendo á la soledad para pedir consejo á los dioses en la montaña: de este modo volaba antiguamente el águila de los Alpes al seno de las nubes durante la tempestad; y, noble augurio de los destinos romanos, volaba á conocer en el seno del rayo los ocultos proyectos del cielo. A vista de todas aquellas montañas de la Arcadia, selladas por